

ROCÍO EN EL CORAZÓN

Elene Lizarralde

A mi hija Intza, el alma de la casa, mi ángel, por el día de su boda.

A mis hijos, Xabi, Jon y Pol, mis tesoros, mi vida.

A Ramón, mi amor.

"Juntos la vida es perfecta"

EN HOMENAJE,

A las primeras mujeres profesionales en el deporte, las “raquetistas” o “señoritas pelotaris”.

Fue mi madre, Elena Marín, quien me habló por primera vez de ellas hace más de quince años, algunas eran de su “cuadrilla” en Donostia. Y hace aproximadamente siete decidí conocerlas, aunque no encontré a todas. A algunas personalmente y a otras a través de algún familiar, pero todas y cada una de ellas despertaron mi respeto y admiración, tanto como mujeres, como deportistas. “Pelotaris” que compartieron conmigo su amor por el frontón, lugar donde encontraron y se labraron una profesión en la que más allá de la ambición prevalecieron la lealtad, la deportividad y la amistad.

Gracias, Carmen Sanchez “Carmenchu” (Madrid), Josefina Gonzalez “Bene II” (Merida), Rosa Arregui (Mallabia), Maria Luisa Senar (Pasajes), Maria Elena Hernandez (Veracruz-México), Emilia Gomez “Emili” (Valencia), Concepción Arizmendiarrreta (Eibar), Agustina Elorza (Eibar), Caridad Misis “La Chupete”(Coruña), Natividad Bella (Iruña), Lucía Areitioaurtena (Donostia), Mercedes Castro “Merche”(Madrid), Alicia Olarria (Madrid), Gloria Aguirre “Txikita de Aizarna” (Aizarna)...

Espero y deseo que algún día las “raquetistas” obtenga por fin el reconocimiento que se merecen en el mundo del deporte.

ÍNDICE

EN HOMENAJE.....	3
Bath-Lizard	5
Capítulo 1	6
Capítulo 2	26
Capítulo 3	56
Capítulo 4	74
Capítulo 5	82
Capítulo 6	97
Capítulo 7	104
Capítulo 8	118
EIBAR- MADRID- BARCELONA- BATH.....	128
Capitulo 1	129
Capitulo 2	153
Capitulo 3	168
Capítulo 4	184
Capítulo 5	189
Capítulo 6	194
Capítulo 7	203
Capítulo 8	214
Capítulo 9	222
Bath- Madrid- Eibar	238
Capítulo 1	239
Capítulo 2	252
Capítulo 3	268
Capítulo 4	276
Capítulo 5	282
Capítulo 6	292

BATH-LIZARD

1995

CAPÍTULO 1

- Abuela, creo que ha llegado el momento de que me cuentes algo- le dije mientras nos sentábamos en torno a la mesa de forja en nuestro rincón favorito del jardín. Vivíamos en el condado de Hampshire, en Bath, en la misma casa de piedra en la que desde hacía al menos dos siglos, vivió mi familia.

Antes de contestar, ella acarició los tallos de las hortensias cuyas hojas empezaban a brotar por doquier junto a las peonías y las rosas. Aunque las hortensias eran sus favoritas y cada año, cuando empezaban a apreciarse los primeros brotes, me decía lo mismo:

- La naturaleza es milagrosa, como es posible que de un palo en apariencia yermo, nazcan unas flores tan bonitas.

Yo aprendí a amarlas también. En realidad amaba todo lo que rodeaba a mi abuela, quien había ejercido de madre desde que yo era un bebé.

- Abuela, te he dicho algo y sabes que voy a insistir hasta enterarme.
- Pero no sé a qué te refieres, Máire- me contestó con ojos risueños. No sabía a ciencia cierta si lo decía en serio o si por el contrario me estaba intentando despistar. Pero mi mirada de preocupación debió alarmarla.
- ¿Qué pasa, mi amor?- me preguntó cogiendo mis manos entre la suyas.
- Mientras has estado ingresada ha pasado una cosa- empecé con cierta cautela que la alarmó.

- Tengo algo grave.

- ¡No! los médicos dicen que has tenido mucha suerte y que si te cuidas y descansas te recuperarás- hacía un mes que de vuelta de la universidad, la encontré delirando con una fiebre altísima. Al ingresarla los médicos dijeron que era neumonía y aunque empezaron de inmediato el tratamiento con antibióticos, todavía pasaron unas horas hasta que consiguieron estabilizarla.

- ¿Te he contado que durante las primeras horas de tu ingreso en el hospital hablabas en sueños?- continué.

- ¡Y dije alguna barbaridad!- Ya estaba de nuevo de broma.

- No lo sé, no pude entender lo que decías...

- Eso no te tiene que preocupar, tú también hablas en sueños y dices cosas sin sentido...

- No era eso, no te pude entender porque utilizaste otro idioma...

Aunque de manera fugaz, su rostro desveló una breve expresión de sorpresa y pese a todo sonrió.

- ¡Quién sabe! tal vez en una vida anterior fui una princesa china...- Se acababa de delatar y lo sabía. Por mucho que tratara de despistarme había caído.

- Tal vez una princesa, pero no china... más bien vasca. El idioma que utilizaste fue el euskera.

Aunque estas últimas palabras se las pronuncié con la mayor suavidad del mundo, se llevo las manos al corazón como si una lanza le hubiera atravesado el pecho y un gesto de dolor invadió su rostro. Esta vez la que se inquietó fui yo.

- Abuela ¿estás bien? ¿te duele algo?- e instintivamente le cogí la muñeca para sentir su pulso que estaba acelerado - ¿quieres que llame al médico?

- No, déjame un minuto... se me pasará- me dijo con una sonrisa forzada. Y vi, que su cara, bonita a rabiar pese a sus sesenta y cuatro años se ensombrecía como nunca antes.

Esperé, más preocupada incluso de lo que había estado durante los días de su estancia en el hospital. La abuela era la única familia que me quedaba y no podía imaginar lo que sería perderla. Al morir mis padres en un accidente de tráfico cuando yo apenas tenía dos meses, ella y mi bisabuela, que falleció tres años después, me acogieron como a una hija.

- ¿Dices que hablaba en vasco?- me preguntó saliendo de su ensimismamiento.

- Al principio no sabía de qué lengua se trataba, y tampoco era muy inteligible lo que decías, pero me quedé con dos palabras: "ama" y "aita". Así es que llamé a Katy a la universidad. Cómo ella está terminando filología inglesa supuse que me podría ayudar. Tardó un par de días en decirme que se trataba de euskera... y que era la forma de decir "mamá" y "papá"- mientras

le hablaba, mi abuela escuchaba atentamente y sin embargo, parecía estar ausente- ¿es así?

Aunque yo sabía que Katy me había informado bien, necesitaba que ella lo confirmara. Habían pasado días desde que descubriera que la inquietaba algo oculto, oculto al menos para mí, y desde entonces, durante las pocas horas en las que volví a casa a asearme mientras ella permanecía en el hospital, me afané por encontrar pruebas que me revelaran algo. No encontré nada sobre su pasado, absolutamente nada sobre su vida anterior a la llegada a Bath. Y decidí que precisamente la falta de datos era la prueba que andaba buscando, aquello no era normal. Pero esperé. La abuela tenía que recobrar la salud y el ánimo, algo que parecía estar a punto de perder con la pregunta que le acababa de formular.

- Si, es euskera - respondió por fin respirando profundamente. Se acababa de rendir, algo impensable en ella. Sus ojos estaban vidriosos y yo ya me estaba arrepintiéndome de haber dicho nada - Hace muchos años que no escuchaba decir... "ama" y "aita"- se le quebró la voz y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas haciendo que me sintiera tremendamente culpable. Mi abuela no era muy dada a llorar, y si lo hacía alguna vez, desde luego no era delante de nadie.
- Si no quieres, no me cuentes nada, lo siento. Tal vez me esté entrometiendo demasiado...- dije de corazón.
- Máire, tal vez tengas razón y haya llegado la hora de hablar sobre algo que ni siquiera tu madre supo nunca- me miraba de frente, a los ojos, sin rehuirme - Pero va a resultar tremendamente duro para mí... y espero que no tanto para ti, porque lo único que ha de importarte es que te he querido y te quiero más que a mi vida.
- Lo sé abuela- le di un beso en la frente, no sin cierta inquietud, como el que ella me había dado a mi cada noche.
- Vas a descubrir que la persona que tienes delante no siempre fue así- se secó las lágrimas con el pañuelo- ¿por dónde quieres que empiece?
- Por el principio- era lo que ella me decía cada vez que tenía que confesarle alguna trastada o contarle algún problema.
- Que mayor te estás haciendo- me colocó el mechón de cabello detrás de la oreja, me acarició la mejilla en un gesto muy suyo y tomó aire e hizo frente a su primera revelación- No nací en un pueblo de Extremadura, ni soy huérfana. Tampoco me llamo Clara sino Miren, en euskera, Máire que es su traducción al irlandés. Miren Arrúe.

No esperaba nada así, o tal vez sí, no sé si estaba más desconcertada o sorprendida y pese a todo no pude evitar sonreír. Me agradaba descubrir que nos llamábamos igual.

- Nací en Eibar, un pueblo de Euskadi ¿sabes dónde está?- asentí, lo había buscado en una enciclopedia, mejor dicho, Katy, mi mejor amiga, me trajo montones de cosas de la biblioteca de la Universidad, sobre aquel lugar en el que se hablaba vasco- Y tenía una familia... maravillosa. Tenía a mi padre, Ramón, a mi madre, también Miren, a mis dos hermanos mayores, Joxé y Martín y a mi tío Simón- las lágrimas volvieron a asomar- Lo siento Máire, no sé si seré capaz de mantener la calma, hace tantos años que no pronunciaba sus nombres y al hacerlo, los veo como si los tuviera delante.

Reconozco que los días que estuve indagando sin resultados en la vida de la abuela, elucubre sobre todo tipo de circunstancias y sin embargo, nunca contemplé la posibilidad de que tuviera ¡una familia! Cuando nos había hecho creer que era huérfana. Continuó.

- Vivíamos en nuestro caserío que se llamaba "Lekuene", significa "nuestro hogar".

Suspiré. Un hogar que perdió o al menos al que nunca volvió en aproximadamente ¡44 años! Tenía razón. Me iba a costar entender.

- Yo adoraba a mi familia. Mi madre era la mejor madre del mundo. Cultivaba flores que vendía en el mercado de Eibar cada semana a pesar de mi padre, quien le decía que el cuidado de las flores le robaba tiempo para la huerta. Ella se ocupó todos los días de mi vida de que en mi habitación hubiera una flor. Insistía en la importancia de tener cosas bellas a nuestro alrededor...

Era curioso, mi abuela hizo lo mismo conmigo, y estaba convencida de que antes también con mi madre. Sentí que me emocionaba al escucharla, al comprobar que pese a haberla ocultado ella había amado su vida anterior.

- Tu bisabuela, mi madre, fue también mi mejor amiga. Era alegre, guapa... los ojos azules los heredamos de ella, y joven...a mí me tuvo con 19 años y los tres hermanos a penas nos llevábamos un año. Le encantaba la vida y aunque tuviéramos algunas dificultades y preocupaciones ella se confesaba feliz.

- ¿Y tu padre?- quería saberlo todo sobre aquella familia, en realidad también la mía.
- Era distinto. Le llevaba muchos años a mi madre, 25, y tenía mucho carácter. Se enfadaba a menudo con ella, le acusaba de no tener los pies en la tierra, y nos prohibía leer porque decía que los libros, salvo los de misa, eran pecado. Los días de mercado, mi madre sacaba de la biblioteca, a escondidas, un libro que primero leía ella y que después, cuando aprendí, leía también yo. Decía que saber leer y escribir me darían la libertad de poder elegir, que el conocimiento me daría alas...

Mi abuela volvió a sonreír.

- ...como las de las mariposas. Soñábamos con las vidas de los personajes, otras vidas y otros lugares, aunque ambas estuviéramos rodeadas del olor del estiércol de las vacas. Porque la mayoría de las veces era allí, en el establo donde leíamos a escondidas.
- Entonces ¿no querías tanto a tu padre?
- Sí, claro que sí ¡mucho! pero era otra época, otra educación... y realmente quien estaba fuera de lugar era ella, tu bisabuela. Vamos dentro Máire, estoy empezando a sentir un poco de frío.

Mi abuela recorrió lentamente el camino hasta la sala donde se dejó caer en el sillón. Le di una manta y sin decir nada fui a preparar una taza de té. No me lo podía creer. Tenía otra familia, en un lugar no tan lejano, Katy y yo lo habíamos buscado en el mapa. En avión no tardaría más de tres horas en llegar. Y sin embargo, mi abuela decía que ni siquiera mi madre supo nada al respecto. ¿Vivirían todavía?

Jane entró en la cocina cuando colocaba el juego de té en la bandeja.

- Es hora, voy a cerrar. Dile a Clara que las ventas han ido muy bien. Ah! y que Mr. Bood me ha encargado una colección completa de sus cuentos para enviárselos a sus nietos a Francia. ¿Qué tal se siente de nuevo en casa?- Jane quería mucho a mi abuela. Al quedar viuda tres años atrás con un niño recién nacido, ella no había dudado en darle trabajo en la librería pese a no tener entonces ninguna formación, si bien hoy parecía otra persona totalmente diferente. Mi abuela no solo le dio trabajo sino también la posibilidad de formarse, le había hecho estudiar por las noches, leer...

- Está cansada pero está bien, le daré tus recados, Jane, aunque seguro que mañana podrás charlar con ella.
- Gracias...

Jane salió por la puerta delantera mientras yo me dirigí con la bandeja a la trasera. La librería fue idea de mi bisabuela materna, Deirdre. En Irlanda, su familia era propietaria de la más antigua librería de Dublín. De hecho, y según me había contado mi abuela, mi bisabuelo Peter, se enamoró cuando la vio colocando una columna de libros en el escaparate. Solía viajar a Dublín por temas laborales y cuando un año después de empezar a cortejarla le pidió que se casara con él, mi bisabuela le puso dos condiciones: tener en Bath su propia librería y dejar que ella misma cuidara del jardín. Así fue como nació "Book´s Garden" y por lo que destinaron parte de la planta principal de la casa a montar el negocio que luego heredó mi abuela. ¡Qué curioso! dos bisabuelas, Miren y Deirdre, de dos lugares absolutamente diferentes y sin embargo, con las mismas aficiones: los libros y las flores...el destino tal vez.

Lejos de quedarse dormida, cuando volví a la sala, mi abuela estaba de pie junto a la mesa de caoba del comedor sobre la que descansaban una caja y un sobre raído por el tiempo.

- Máire, ven, sentémonos aquí. No sé si un té será lo suficientemente fuerte para abrir la caja de "Pandora"- dijo intentando bromear.

Me tranquilizó comprobar que había recobrado el ánimo y me pregunté dónde había estado guardada aquella caja. Pese a haber puesto las últimas semanas la casa patas arriba yo no había encontrado nada, y sin embargo... pero no dije nada.

- Mis hermanos, eran fantásticos- continuó sin que preguntara nada- Los tres íbamos al colegio público e intentábamos pasar juntos el mayor tiempo posible. Nos reíamos mucho. Yo les contaba las cosas de mis amigas y ellos me guardaban secretos como el de los libros que leía con "ama" (mama). A Joxé no le interesaba la lectura, heredaría el caserío, y Martín, para quien mi padre tenía el plan de que fuera al seminario, quería ser pescador. Le fascinaba el mar tanto como a mí, Martín y yo éramos quienes más disfrutábamos cuando el tío Simón nos a llevaba a la playa.
- Por eso siempre que podemos nos vamos a The Lizard.

- Si, por eso y porque es el punto de la costa del Reino Unido que más cerca está de ellos, hacia el sudoeste, al otro lado del mar... tan cerca y sin embargo, tan lejos.

Dijo "están". Luego vivían. Recordé entonces los largos paseos por la costa, por la playa, y la cantidad de veces que había visto a mi abuela mirar hacia el horizonte. De hecho se convirtió en costumbre hacerle siempre la misma pregunta.

- ¿Qué ves abuela?- yo sólo veía el mar.
- ¡Un mundo! ¡Nuestro mundo!- me contestaba estrechando fuerte mi mano.

Ahora lo entendía, su mundo anterior, al que al decir "nuestro" también me incorporaba. Esta vez no me pude contener.

- ¿Por eso contestabas "Nuestro mundo"?

Asintió con la cabeza y continuó.

- ¿Tu tío vivía con vosotros?

- Era el único hermano de mi madre y menor que ella. Sus padres murieron al descarrilar el tren en el que volvían de Gernika a Mallabia cuando todavía era casi un niño- y añadió con cariño- Como puedes comprobar, la de tus padres fue una tragedia que ya antes se había dado en la familia. Fue la razón por la que mi madre decidió casarse tan joven y tan precipitadamente con mi padre. Estoy segura de que ella lo hizo pensando en mi tío quien dicho sea de paso se fue a vivir con ellos. Pero, mi padre y él nunca se llevaron bien.

- ¿Por qué?- estaba fascinada escuchándola.
- Por dos cosas: la primera porque como mi madre, también él era un soñador y pasaba el día haciendo planes. Se le daban bien los estudios y en secreto nos decía que en cuanto tuviera suficiente dinero ahorrado, cogería un barco y se iría a América. Estudiaba, trabajaba algunas horas en la fábrica de coches y ayudaba en el caserío, pero él quería conocer mundo. Y eso que Eibar no era un pueblo cualquiera. Nosotros vivíamos de nuestras tierras y animales pero allí había empresas. Era como una pequeña ciudad industrial.
- ¿Y la segunda?

En esta ocasión mi abuela tardó un poco en contestar.

- Simón sufría dolores de cabeza fortísimos. Por aquel entonces los médicos decían que eran migrañas, pero mi madre insistió siempre en que era otra cosa. Estabas riéndote con él y de pronto a sentía un dolor que le subía por la nuca hasta llegar al ojo derecho que le empezaba a llover... El dolor debía ser tan intenso que se ponía fuera de sí. Mi padre quiso ingresarlo en un manicomio, decía que estaba loco y que era peligroso porque durante los ataques llegaba a romper cosas o a darse con la cabeza en las paredes... pero cuando se le pasaba volvía a ser él. Al final, para evitar problemas terminó por ir al bosque cada vez que le sobrevenían las crisis. Mis hermanos lo acompañaban cuando lo veían salir corriendo para que él mismo no se hiciera daño, y por las noches, si todos dormíamos y lo despertaba el dolor, escuchaba a mi madre bajar las escaleras tras él. En la oscuridad, sus gritos parecían más los de un animal que los de un chico...el dolor podía martirizarlo durante horas. Era horrible verle sufrir y no poder hacer nada. Yo lo quería más como a un hermano que como a un tío...
- ¿Y los médicos qué decían?
- Le dieron de todo y mi madre lo llevó a todos tipo de médicos, brujos y curanderos, pero nadie supo quitarle los dolores de cabeza y pese a todo, cuando se le pasaban, volvía a sonreír, a bromear y a trabajar. Y era cariñoso como nadie.

Mientras mi abuela me hablaba de su niñez, yo hacía cálculos. ¿Cuántos años tenía cuando pasó todo aquello? ¿O cuando iba a la escuela con sus hermanos? Debió leerme el pensamiento.

- Mi vida transcurrió felizmente hasta los 15 años, Máire.
- ¿Qué pasó entonces?- estaba francamente intrigada e impresionada.
- ¿Se puede?- era Mark, mi novio. Los amigos entraban directamente por la puerta trasera del jardín. Algunos tocando la campana, y otros, los más íntimos, se asomaban por la ventana. Había olvidado nuestra cita. Mark y yo llevábamos saliendo a penas hacía un año. Al acabar la carrera de derecho se había colocado en la empresa que mi bisabuelo y el suyo fundaron años atrás. De hecho, la amistad entre su familia, los Spencer y la nuestra, los Lyndon se remontaba a varias generaciones y su abuela Margaret era la mejor amiga de la mía.

Me levanté a saludarlo.

- Lo siento, Mark- le dije mientras le besaba en la mejilla- pero hoy no podré salir.
- ¿Te encuentras mal?- preguntó inmediatamente a mi abuela con quien se llevaba muy bien.
- Un poco cansada, nada más- dijo ella adivinando que yo quería continuar con nuestra conversación.

Mark intuyó algo porque no hizo amago ni de sentarse.

- No te preocupes, llamadme si necesitáis algo y si no, vendré mañana a tomar el té con las dos.

Esa era una de las cosas que más me gustaban de él. No hacía falta que le dijera nada para hacerse cargo de la situación. Sabía dejarme espacio. Lo bese de nuevo cuando se disponía a marchar y al oído muy bajito, le dije.

- Te quiero.
- Yo también a ti. Hasta mañana, y ya me contarás.
- Gracias, Mark-añadió mi abuela desde el fondo del salón.

Me volví a sentar. La abuela estaba sacando una fotografía del sobre.

- Mira, es lo único que pude conservar de ellos.

En la fotografía, en blanco y negro, había cinco personas. Mi bisabuela, deduje al ver a una mujer joven.

- ¿Es tu madre?- aunque no necesitaba preguntárselo. Sabía que era ella. Vestida de negro con el pelo suelto en una melena corta, y sonriendo abiertamente a la cámara a pesar de la solemnidad del instante en el que todos los demás parecían estar en tensión. Me resultó familiar nada más verla, como si la conociera de antes, y la quise nada más verla.

A su lado, de pié, había un chico, de unos diecisiete años.

- Este es Simón, mi tío, alto, desgarbado y guapo- Lucía una camisa blanca y un pantalón oscuro, igual que los dos chicos, más jóvenes sentados cada uno a ambos lados de mi bisabuela. Ambos con el pelo rizado y mojado, se notaba que se habían engalanado para la foto- y estos mis hermanos Joxé y Martín.

Mi abuela acariciaba la fotografía.

- ¿Qué te parecen?
- ¡Me gustan! ¡mucho!- no podía disimularlo.

Sentía una emoción extraña. No podía dejar de observarlos. Quería conocerlos bien, a través de sus ojos, su mirada, la ropa... Mi bisabuela llevaba un ramo de hortensias en su regazo. En esta ocasión eran mis lágrimas las que pugnaban por salir.

- Se la hicieron a escondidas. Sin que mi padre o yo nos enteráramos. Mi padre nunca hubiera consentido en posar, le habría parecido una frivolidad y por otra parte, mi madre quiso que yo les llevara siempre conmigo... ¿te has fijado?- señalaba las flores. Y yo asentí. Tenía un nudo en la garganta que no me dejaba hablar.

Mi abuela dio la vuelta a la fotografía y me enseñó la dedicatoria, escrita con una caligrafía de las de antes, en una cursiva perfecta: *"Para Miren, nuestra niña, para que nos lleves contigo sin olvidar nunca cuanto te queremos"* Y a continuación la firma de cada uno de ellos.

Debajo, a modo de postdata, otro párrafo, escrito esta vez con lápiz, tal vez en el último momento: *"Y recuerda que el sol y la luna que yo vea serán los mismos que veas tú allá donde te encuentres. Siempre estaremos juntas"*.

Nuevas lágrimas resbalaron por los ojos de mi abuela provocando que las mías se escaparan por fin.

- ¿Máire?
- No sé qué decir abuela...

Reímos juntas mientras llorábamos. Era raro, pero yo no podía más con el nudo de la garganta y ella se liberaba de años de silencio.

- Creo que por esta vez, soy yo quien debe hablar- Ella no era muy habladora y cuando estaba conmigo disfrutaba mucho porque yo lo hacía por las dos. En ocasiones, me llegaban a molestar sus monosílabos y le decía que no entendía que alguien a quien se le daba tan bien escribir hablara tan poco.

Escuchaba, no dejaba de repasar nuestra vida y me percaté de que yo crecí observando su vida a través del mar, la luna, el sol... nos habíamos detenido tantas

veces a mirarlos. Nos deteníamos a observarlos constantemente y de pronto, me di cuenta de que tras ellos siempre hubo algo más.

- ¡Los has echado muchísimo de menos!- no era una pregunta, sino una afirmación.

- Máire, nunca he dejado, ni un solo instante de pensar en ellos. Cada día de mi vida, desde que me fui de su lado, ha estado lleno de ella- se refería a su madre- y ¿sabes otra cosa? Le habrías encantado. Y también tu madre. A quien ahora lamento no haberle contado esto nunca...- casi no la podía oír. Sin embargo, repentinamente, vi miedo en sus ojos- Porque no podía...

- Abuela, cuéntame lo que quieras, no te sientas obligada. Y por mamá no te preocupes, por lo que me has contado fue una persona feliz. Tuvo suerte de tenerte como madre...

Ahora quería que me hablara de Miren, de mi bisabuela, la mujer de la foto. Me la imaginaba como una doble de ella, tal vez un poco más alocada y soñadora. Su sonrisa, la que la fotografía había capturado para su hija, despertaba en mí un sentimiento de amor que nunca pensé poder tener hacia nadie del que apenas acababa de saber. ¿Sería la sangre? ¿O simplemente la quería a través de todos aquellos detalles con los que acababa de descubrir que yo misma había crecido? Nuevas dudas y temores volvían a embargarme. La abuela acababa de decir "le habrías encantado". ¿Significaba aquello que había muerto?

- ¿Puedo pedirte que me cuentes más cosas sobre tu vida hasta los 15 años? - tenía miedo de llegar a un final irreversible sin nada más que saber- ¿tenías amigas?

- ¡Claro! Mariasun, Lourdes, Pepi... pero sobre todo la primera. Íbamos juntas al colegio, y como nuestros caseríos estaban en el mismo barrio, en el monte de Arrate, bajábamos en burro hasta encontrarnos a mitad de camino, ella decía que el suyo era más rápido que el mío y yo que el mío, era más listo...- sonrió y yo con ella- Eibar no tiene nada que ver con Bath. El núcleo urbano está al pie de varias montañas Akondia, Urko, Arrate...

-¿Son nombres vascos?

- Si, sé que suena raro... Y como te decía para llegar a los caseríos había que subir empinadas cuestas. Es una de las cosas que me llamó la atención cuando llegué al Reino Unido, la falta de picos en las montañas, y más árboles...- la abuela hizo una

pausa, estaba mirando la fotografía- pero mentiría si no dijera que la vida aquí me brindó una nueva y maravillosa oportunidad- me estrechó la mano con fuerza.

- Me gusta escucharte, abuela, saberlo todo. Así es que no vayas tan deprisa- Más o menos conocía la historia de mi familia inglesa, e incluso la de la rama Irlandesa, ahora quería saber sobre aquella otra familia que vivía al otro lado del mar- ¿Cómo era Mariasun?

- Ella era más fuerte y alta que yo, parecía mi hermana mayor.

- ¡Como Margaret!- La abuela de Mark, su actual mejor amiga era también así.

- La verdad es que sí. Aunque Mariasun tenía el pelo oscuro como yo. Pero como Margaret, siempre estaba con ganas de broma. Nuestras madres se llevaban muy bien. A mi madre le encantaba diseñar sus propios vestidos y Ana, la madre de Mariasun, que cosía muy bien, era quien los confeccionaba. Dos o tres al año, no más, ten en cuenta que aunque teníamos lo suficiente para vivir tampoco éramos ricos y menos después de una guerra civil.

- ¿Y qué hacías con tu amiga?

- Mariasun y yo íbamos juntas a todas partes, pero lo que más nos divertía era ir al frontón.

- ¿Al frontón?- yo ya había oído hablar de la pelota vasca. Los hombres jugaban a la pelota en lugares que se llamaban frontones y que consistían en dos paredes que formaban una L- ¿Ibais a ver a los chicos?

La abuela se me quedó mirando. Intuí que estábamos tocando un tema que le inquietaba.

- ¡También! Eso, los domingos después de misa. Pero nosotras íbamos a jugar, entre semana después de la escuela.

- ¿Las chicas jugabais al frontón?- de verdad que me había sorprendido- ¿y no os dolía la mano?

- Jugábamos, pero no a mano, sino con una raqueta.

- ¿Como las tenistas?

- No. Nuestra raqueta era especial. Alargada y más estrecha porque las pelotas con las que jugábamos eran más pequeñas que las de tenis y duras, muy duras, más de una terminó con la ceja partida...

- ¿Y eras buena?

Tardó en contestar. Esta vez miraba de frente, pero totalmente ausente. Y cuando “volvió” me contestó sin ápice de duda.

- Si, muy buena- aquello, lejos de hacerle sentir orgullosa parecía avergonzarla.

Mi abuela se me estaba revelando como una auténtica caja de sorpresas. Yo había crecido junto a una persona a quien el único ejercicio que había visto practicar fue el de pasear y nadar en el mar. Aunque pensándolo bien, su cuerpo, incluso ahora, era el de una deportista, delgado pero musculoso.

- Aunque fuera diferente, seguro que se te habría dado bien el tenis, y sin embargo, nunca y mira que me ponía pesada, quisiste jugar conmigo – me di cuenta de repente- ¡Lo de tu lesión de espalda, no era verdad!

Aquello, como había dicho muy abuela, iba a resultar difícil. Los primeros atisbos de engaño estaban empezando a hacer mella en mí. Y ella se dio cuenta.

- Máire, no caigas en la tentación de juzgarme tan rápido. Espera y escucha. Y es probable que tú hubieras hecho las cosas de otra forma, yo misma, ahora habría actuado de forma diferente, pero aún así confía en mi... deja que siga. Habrá cosas que no te gustarán nada, otras que te sorprenderán y algunas que probablemente te conmuevan....

Tenía razón. Debía seguir escuchándola, pero sobre todo confiando en ella.

- Perdóname, abuela – y decidí volver sobre el tema del frontón- ¿Lo del frontón y la raqueta era algo que solo jugabais en Eibar? ¡Qué va! Había frontones por toda España, aunque algunos se cerraron tras la guerra civil. Los había en Bilbao, San Sebastián, Vigo, Logroño, Barcelona, Sevilla... En Eibar, nosotras entrenábamos en el “Astelena”, pero antes de la guerra y también después, en España hubo miles de chicas que se dedicaron a jugar en los frontones, nos llamaban “raquetistas” o “señoritas pelotaris”, era una forma de ganarnos la vida...
- ¿Miles?
- ¡Si!
- ¿A qué te refieres cuando dices que era una forma de ganarnos la vida?

- A que lo hicimos de forma profesional, firmábamos contratos, eso sí, como artistas, pero ya estamos corriendo...

Decididamente tenía que seguir su ritmo, el que ella quisiera marcar.

- ¿Y chicos?- cambié de tema con lo primero que se me pasó por la cabeza.
- Bueno... también hubo chicos- La abuela se levantó, miró por la ventana y a continuación encendió la luz de su mesa de trabajo. El salón era a la vez comedor, zona de estar y despacho. La abuela decía que así lo tenía todo a mano, incluido el jardín, al que salía cuando quería descansar de escribir en su vieja máquina. Encendió también la lámpara de pie confiriendo a la estancia todavía un ambiente más cálido y se volvió a sentar- A Mariasun le gustaban todos y la verdad es que tenía mucho éxito, porque aunque no era guapísima era simpática y bromista, y a los chicos eso les gustaba.
- ¿Y a ti?
- A mí solo me interesaba uno.

Me miró. Y aunque no sabía si debía insistir, me moría porque me lo contara. Ella lo sabía. Continuó sin que hiciera falta que yo se lo pidiera.

- Mikel Odriozola, el mejor amigo del tío Simón. Y aunque la diferencia de edad impedía que tonteáramos de verdad, yo no tenía la menor duda de que también le gustaba a él. Los domingos, en el frontón, Mikel y mi tío jugaban como pareja. A mi padre no le hacía gracia porque decía que era un señorito ya que su padre era el dueño de la fábrica de coches en la que trabajaba el tío Simón. Precisamente impidió que lo despidieran por ausentarse cuando tenía ataques en el trabajo. Eran muy buenos amigos. Y en lo que respecta a nosotros, cuando había alguna fiesta o romería, nos las ingeniábamos para estar juntos o bailar. Simón sabía que nos gustábamos y nos facilitaba las cosas para que nadie sospechara. Si bien es cierto, difícilmente podían pensar que personas de orígenes tan diferentes pudiéramos llegar a nada... Y luego había una chica, Nati, dos años mayor que yo, la hija de los dueños de la fábrica de las máquinas de coser que lo perseguía... La verdad es que era muy guapa y la persona adecuada para él.
- ¡Seguro que no tanto como tú!- me salió del alma y reímos.

Me di cuenta de que en realidad mi abuela, nunca mintió sobre su vida anterior a la llegada a Bath. Nunca me habló del orfanato en el que se suponía que había crecido ni yo le había preguntado...Para todos, su vida empezaba en el día que llegó. Se

había establecido un pacto de silencio debido a las circunstancias tan dramáticas que la llevaron a vivir en Bath y que nadie osó quebrantar nunca. Yo lo estaba haciendo y me sentí un poco intrusa. Pero por otra parte ella me lo estaba poniendo fácil, en definitiva, abrir la "caja de Pandora" como ella misma acababa de decir, había sido decisión suya.

- ¿Era guapo?- me atreví a preguntar.

- Si ¡el más guapo!- no dudo un instante- Mikel, era alto, fuerte, simpático y... - la abuela se calló, me pareció que se estaba arrepintiendo de hablar tanto sobre él- muy especial. Por mi 15 cumpleaños, como conocía mi afición por la lectura, me regaló un libro que naturalmente tuve que esconder debajo del colchón. Es una de las pocas cosas, que junto con la fotografía, me habría gustado conservar.

Instintivamente miré hacia la caja cerrada que seguía en la mesa.

- No, Máire, por desgracia ahí no hay nada que me traiga buenos recuerdos. Aunque llegado el momento, la tendremos que abrir.

Mi abuela escribía cuentos para niños, a mi me contó uno cada noche casi hasta que me fui a la universidad, y aquella historia, me parecía que fuera uno más. Tenía que hacer un esfuerzo por tener presente que me hablaba de su vida. En silencio, ahora volvía a acariciar la fotografía. Tal vez debíamos hacer una pausa.

- ¿Abuela, te parece que prepare algo de cena y que después sigamos? Tienes que tomar tu medicación... o si quieres lo dejamos...
- Si, cenemos algo siento un poco de frío. Pero ahora que he empezado... quiero contártelo todo.
- Claro...

Aunque habíamos llegado del hospital por la tarde, nuestro frigorífico estaba lleno. Margaret se había encargado de ello. Su enfermera, y me consta que ella misma desde su silla de ruedas, habían cocinado para un regimiento. Elegimos lo que más nos apeteció y nos sentamos junto a la chimenea, en las dos butacas de la cocina cada una con su bandeja. La abuela tenía auténtica obsesión por crear ambientes acogedores en cualquier lugar de la casa. A ella no le gustaba cocinar por lo que pedía que la acompañara mientras lo hacía. Nos turnábamos y cuando una lo hacía la otra se sentaba en la butaca y daba conversación. A Margaret también le gustaba

estar allí. No era una cocina al uso, al morir mi bisabuela Deirdre, mi abuela había empaquetado todas las vajillas y cristalerías familiares, decía que eran mías y que debía conservarlas para cuando me casara. Y a partir de entonces habíamos ido comprando platos, tazas, vasos... adornados con flores, rayas o lisos sin ser de la misma bajilla o cristalería, simplemente porque nos gustaban, en los mercados o cuando íbamos a Londres. Ella decía que lo bello era sinónimo de armonioso, que no importaba que fueran diferentes ni que tuvieran alguna tara, simplemente había que lograr la armonía, y la verdad es que lo conseguía. Y lo mismo sucedía con los muebles, las cuatros butacas eran diferentes, tapizadas con cretonas de flores o lisas con colores cálidos, encajaban a la perfección. Y aunque había luces en el techo que iluminaban los fuegos y encimeras, en la zona de estar, teníamos unas pequeñas lámparas. Y muchos libros en las paredes. Además, desde un gran ventanal a dos paredes, veíamos el río Avon por un lado y el jardín por el otro. Definitivamente, la cocina era para mí la estancia favorita de la casa, me encantaba.

- Sabes una cosa, en los caseríos, la cocina es el lugar de reunión de toda la familia...

Seguían encajando todas las piezas.

- ¿Qué pasó cuando cumpliste los 15 años?- había llegado el momento.
- Bueno, será mejor que siga. Cuando cumplí los quince años mi padre empezó a decir que debería ir pensando en dejar la escuela. Quería poner más vacas y que yo me hiciera cargo de la lechería. Aunque nunca nos faltó qué comer quería nuevas fuentes de ingresos y para crecer necesitaba mano de obra. Mi madre, sin embargo, prefería que estudiara o que trabajara en alguna de las fábricas de Eibar, pensaba que era la mejor forma de llegar a ser económicamente independiente. Había llegado el momento de tomar una decisión sobre mi futuro. La guerra había hecho estragos en la zona, primero con el bombardeo de Durango, y después con el de Eibar y Gernika. Algunas zonas de Eibar se habían quedado reducidas a escombros y estaba costando mucho la reconstrucción. En realidad, tras la guerra civil, todo el país estaba sumido en una profunda crisis... algunas familias compartían un huevo entre todos sus miembros...
- ¡Qué miedo, haber vivido una guerra!- había oído muchas historias sobre el bombardeo del que el propio Bath había sido víctima durante la segunda guerra mundial- pero ¿qué paso contigo?

- El destino quiso que se me presentara una oportunidad - hizo una pausa para beber el caldo de la taza y cuando se sintió reconfortada con el calor del líquido siguió - Un día de entrenamiento en el frontón vino a vernos un ojeador. Buscaba chicas para renovar el cuadro de raquetistas del Frontón Madrid... es decir, que si le gustabas te ofrecía ir en este caso a Madrid con un contrato...
- ¿Con 15 años?
- Sí, aunque oficialmente no podías hasta los 16 había quien con 14 haciendo trampas ya se ganaba la vida... El objetivo era convertirnos en profesionales, vivir del frontón.
- ¡Si erais unas niñas!
- Algunas ya estaban desarrolladas y no se notaba.
- Tú me has dicho que eras delgada...
- Sí, pero ese último año me había dado el cambio y estaba en pleno estirón. Mariasun y yo hacíamos muy buena pareja en la cancha, ella de zaguera... jugaba en la parte de atrás, y yo de delantera. Siendo ella más fuerte daba unos raquetazos que lanzaba la pelota con una potencia que como te pillara te mataba... y como delantera, yo me movía como una lagartija... no se me escapaba una.

Me habría encantado verlas.

- Después del entrenamiento aquel ojeador habló con el entrenador. Siempre que venía alguno intentábamos lucirnos. Sabíamos que si lo hacíamos bien y teníamos suerte podríamos llegar a ganar mucho dinero. Mariasun y yo soñábamos con ir a otras ciudades, o incluso a otros países, ya que antes hubo frontones incluso en Cuba y Miami. Pero no se lo decíamos a nadie soñábamos con ser las mejores. Éramos muy jóvenes- esto último lo dijo a modo de disculpa- y soñadoras.
- ¿Y qué pasó entonces?
- Que el entrenador habló con Ana y al terminar me acompañaron a casa. Ana no soltó prenda en todo el camino pese a la insistencia de su hija y eso que Mariasun podía llegar a ponerse realmente pesada. Cuando llegamos al caserío, mi padre y el tío Simón escuchaban la radio en la cocina mientras mi madre terminaba de preparar la cena. Y yo como sospechaba lo que Ana les iba a contar los saludé y me llevé a Mariasun a mi habitación. Aquella noche su padre tenía una suplencia en la panadería y sabía que mi madre las invitaría a cenar. Por fin, cuando nos sentamos todos a la mesa, Ana contó que querían contratarnos para el Frontón Madrid y dijo que teníamos

hasta el día siguiente para dar una respuesta. Recuerdo que le di una patada por debajo de la mesa a Mariasun para que mantuviera la boca cerrada. En aquel momento lo mejor era quedarnos calladas, en su caso algo prácticamente imposible. Todos en la mesa guardaron silencio.

- ¿Qué ha dicho el ojeador? ¿son buenas?- preguntó mi padre. Quería saber si éramos del montón o si por el contrario teníamos futuro.
- Si, ha dicho que si se esfuerzan y trabajan pueden llegar lejos. Tiene seleccionadas otras dos parejas, pero me ha reconocido que su juego no tiene nada que ver con el de nuestras hijas.

Mi padre carraspeó. Lo hacía cuando se ponía nervioso. Miró a mi madre y luego otra vez a Ana.

- ¿Qué tipo de contrato les harían?
- Por dos años...
- Y tú ¿qué has pensado hacer con Mariasun?
- No lo he podido hablar con Pepe, pero nuestra situación económica es muy apurada, mis suegros son muy mayores y del caserío a penas sacamos para ir tirando, a Pepe lo echaron de la fábrica definitivamente hace un mes... y aunque esta noche va a ayudar en la panadería mañana no sabemos lo que pasará... la verdad es que el dinero nos vendría muy bien... y quien sabe- Ana miró a su hija- tal vez como raquetista tenga futuro, creo que es una oportunidad. Lo he pensado y tal y como están las cosas para nosotros sería una solución. Si vosotros decidierais mandar a Miren yo me podría ir con ellas, al menos el primer año, y Pepe hacerse cargo del caserío.
- ¿Tú te irías con ellas?- mi madre empezaba a darse cuenta de la magnitud de la decisión que debían tomar. En aquella época que un matrimonio se separara por la razón que fuera no era lo normal, pero ella sabía que para Ana, también era una salida, tal vez más que para su hija. A Pepe lo habían echado de la fábrica de coches porque solía ir borracho a trabajar. Empezó a beber a raíz del bombardeo de Durango en el 37. Llegó antes de lo previsto a entregar un coche y aprovecho para ir a misa a la Iglesia de Santa María de Uribarri, a la que muchos eibarreses se solían acercar. El bombardeo lo sorprendió allí. Se salvó porque estaba debajo del coro que lo protegió, pero tuvieron que rescatarlo de entre los escombros, agarrado a un niño a quien sostuvo en sus brazos mientras moría desangrado. Pepe nunca superó aquello.
- Igual que la bisabuela de Mark.
- Efectivamente.

- Vaya, parece que las guerras y las bombas provocan el mismo dolor en todas partes.

Anna, la hermana pequeña de Margaret murió durante uno de los bombardeos que tuvo lugar en Bath en el 42. Desde entonces y hasta su muerte, Elisabeth, su madre (la bisabuela de Mark) padeció una depresión de la que nunca se repuso. De hecho, y aunque no se hablara de ello, los más allegados sabíamos que se había suicidado. Margaret no hablaba del tema. Su padre, Charles, se hizo cargo personalmente de ella. Sin embargo, afirmaba que aceptó la enfermedad de su madre como tal, y que nunca sintió que le faltara su cariño.

Mi abuela continuó con el relato.

Así pues, Pepe empezó a beber, no inmediatamente, a los pocos años, por eso nadie pudo entenderlo, pero lo que sucedió fue que cayó en una profunda depresión. Al principio, Ana trató de ayudarlo, sin embargo, según iba pasando el tiempo, la situación fue empeorando. El alcohol lo convertía en una persona violenta. Muchas veces, Ana corría a nuestro caserío a refugiarse. Definitivamente, para Mariasun, que era testigo de todo, marcharse de Eibar era también una buena solución- la abuela respiró profundamente y continuó- Mi padre todavía tardó un rato en seguir con la conversación. El tío Simón empezó a removerse en la silla y a punto estuvo de mandarlo todo a paseo diciendo algo, seguro que a favor, pero supo interpretar el gesto que mi madre le hizo con la cuchara y cambiando de opinión se mantuvo callado.

- Abuela, se me está haciendo eterno... ¿qué pasó?- mi paciencia también tenía un límite.
- Vaya ¿eres cómo el tío Simón?- reímos las dos- Igual de eterno se nos hizo entonces a todos los que estábamos allí mientras esperábamos a que mi padre dijera algo. Pero fue mi madre quien habló. Se ofreció a hacerse cargo de las vacas y la futura lechería. Dijo que abandonaría la venta de flores. Por otra parte, añadió, si las cosas no iban bien, yo podría volver a los dos años. Pensé que mi padre se iba a enfadar, pero no lo hizo, por el contrario dijo algo que nunca olvidaría.
- Sé que Miren no quiere quedarse en el caserío. Y yo no quiero que trabaje en ninguna fábrica. En realidad, no quiero que ninguno de mis hijos trabaje para nadie que no sea para sí mismo. Aquí, ganamos poco, pero somos dueños de nuestras propias decisiones, en una fábrica tendrías que someterte. Como lo tendrás que hacer al principio también

en el frontón, pero si consigues ser buena, entonces quien decidirá sobre tu vida serás tú, ese y no otro debe ser tu objetivo- Todos nos quedamos callados.

Antes de seguir la abuela volvió a mirar la fotografía.

- Si supieras la de veces que he recordado aquellas palabras, Máire. Mi padre no tenía estudios y sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que en sus gestos, en su ejemplo y en sus palabras, había una gran sabiduría, tanta como en los libros...

Eso ya se lo había escuchado decir antes al referirse a las personas mayores que al margen de su posición social o preparación los años les habían hecho adquirir una sabiduría basada en la experiencia en la vida.

- También me habría gustado conocer a tu padre, a mi bisabuelo, ahora me cae mejor- inmediatamente me arrepentí de haberlo dicho porque sonaba a que daba por hecho que estaba muerto. Y realmente no sabía nada al respecto, pero había hecho cuentas y estando como estábamos en 1994, mi bisabuela, si vivía, debía tener unos 83 años. Luego mi bisabuelo que era 25 años mayor debía haber muerto ya.
- Si...- era obvio que quería seguir adelante, paso a paso.
- Qué quiso decir respecto a irte de raquetistas ¿qué sí o que no?

Mi abuela rió.

- Creíamos que quería decir que si, que me dejaba ir, pero no estaba claro... Así es que fue Martín quien saltó y decididamente se lo preguntó:
- Aita ¿quieres decir que si? ¿dejas ir a Miren a jugar de raketista?
- Si, Martin- contestó mi madre sin retirar la mirada de los ojos de mi padre- Tu padre ha querido decir eso y muchas cosas más que espero que ni Miren, ni ninguno de vosotros olvide nunca. – Esa fue la primera vez que fui consciente de cómo se querían mis padres. Yo, que hasta aquel día creía que se habían casado por conveniencia, me di cuenta de que estaba total y absolutamente equivocada. Duró un instante, pero la mirada de complicidad que se cruzaron, me hizo pensar que en un futuro también a mi me gustaría encontrar un amor así, un amor inmenso - mi abuela volvió a coger la fotografía que tenía sobre la bandeja- Aquella decisión cambió mi vida para siempre.